

tarios en su rechazo radical de toda manifestación autoritaria, se opone, sin embargo, a las tesis colectivas de Kropotkin para aproximarse a la corriente individualista de un Max Stirner: «No hay arte donde no hay estilo, no hay estilo donde no hay unidad, y la unidad emana del individualismo», escribe en su polémico ensayo «El alma del hombre bajo el socialismo», que data de 1895. A lo largo de las 136 páginas que componen esta obra, Reszler va estableciendo conexiones entre los diversos teóricos del pensamiento anarquista y determinadas figuras y movimientos artísticos. Así ve, por ejemplo, en «Le livre» del simbolista Mallarmé una prolongación del proyecto wagneriano de síntesis de las artes a la vez que un antecedente de la obra abierta y aleatoria de nuestros días.

Libro, pues, éste pleno de sugerencias pese a su brevedad y a su carácter de divulgación, y especialmente oportuno por cuanto se señaló al principio respecto de la afinidad entre la sensibilidad estética contemporánea y el espíritu ácrata. ■  
JOAQUIN RABAGO

## El drama del ideal anarquista

Dos libros de reciente publicación en España (1), si bien de orientación y alcance distintos, coinciden temáticamente en el problema, en las vicisitudes y en el oscuro drama de los ideales anarquistas, uno referido a la tradición ácrata rusa y otro a la española.

Los anarquistas rusos, de Paul Avrich, profesor del Queen's College de la Universidad de Nueva York, estudia con entonación histórica este

(1) Paul Avrich, *Los anarquistas rusos*. Traducción: L. Lovelace. Alianza Editorial. Madrid, 1974. 330 páginas. Vladimiro Muñoz, *Antología ácrata española*. Ed. Grijalbo. Barcelona, 1974. 202 páginas.

movimiento desde que, como protesta social organizada, apareció relativamente tardío en Europa a finales del siglo XIX y principios del XX, y equivalió a la rebeldía contra el «proceso acelerado de centralización política y económica que la revolución social trajo consigo», igual que las actitudes liberales y socialistas, sólo que dotado de un radicalismo libertario superior o utópico que sin duda contribuyó a su propia destrucción. La *Antología ácrata española*, preparada por Vladimiro Muñoz, anarquista asturiano nacido en 1920 y colaborador de la revista *Reconstruir*, con sede en Buenos Aires, se encamina fundamentalmente mediante la inserción de textos breves debidos a autores distintos y minuciosas cronologías, a destacar la bibliografía de dos de los anarquistas españoles más relevantes, a los que define como preclaros hijos del país: Anselmo Lorenzo y Ricardo Mella.

Ya se sabe bien que en relación a su base teórica e ideal (el Ideal, escrito con mayúscula), el anarquismo luchó o lucha contra el Estado y el capitalismo, y por una revolución social que, tras barrer la civilización burguesa, aboliría todo principio de autoridad política y económica —según define Avrich— y conseguiría un tipo de sociedad descentralizada, cooperativista y libre. El carácter del anarquismo ruso, pese a nutrirse de las primeras nociones occidentales impartidas por Godwin, Stirner y Proudhon, adquiere una fisonomía más particular a partir de Bakunin y de su discípulo Kropotkin, así como del propio contexto social ruso, plenamente represivo. En todo el proceso revolucionario ruso, polarizado por los años clave de 1905 y 1917, es importante juzgar el papel desempeñado por los anarquistas, que contribuyeron, aun quedando aplastados en el envite, a la instauración

del Régimen socialista soviético. Tanto Bakunin como Kropotkin, instintivos, idealistas, fiados en el poder de improvisación de las masas y en su bondad natural, diferían notablemente de las concepciones marxistas, por lo menos en cuanto a los métodos para acceder al reinado de la libertad y la justicia. Es curioso y terrible constatar cómo los anarquistas rusos, primero enemigos del Zar hasta el más descabellado martirio, fueron luego también enemigos virulentos de los bolcheviques y de lo que ellos llamaban, en contra de la expresión «dictadura del proletariado», la dictadura del partido.

La visión de Avrich, eminente historiador, es muy compleja. De una parte queda claro que los anarquistas estaban «locos» y que su rechazo de todo amago de autoridad impedía organizarse y llevar a cabo un programa, y de otra parte, la honestidad, entereza, revolucionarismo

extremo y valor suicida de los anarquistas le sirven a Avrich de base —quizá inconscientemente o víctima de las añagazas formales insertas en el propósito de aislar una temática— para criticar, sin que aparezca evidente la intención, todo el sistema socialista soviético, que al lado de los ideales anarquistas —eliminación total del Estado, autogestión obrera, trabajo voluntario, sustitución del salario por la «necesidad» de cada uno, almacenes comunales, cooperativas artesanales, ejército guerrillero espontáneo— se delinea como opresor, autoritario y casi «reaccionario», víctima de un proceso de autoritarismo que si bien al principio precisó la ayuda anarquista, luego tuvo que aplastarla para sobrevivir o al menos para obtener la consolidación gradual necesaria que autorizara la gran sociedad futura desestatizada. Contrastado con el anarquismo, que es hasta la fecha la más profunda radicalización de reestructura política y social, con su exasperado halo terrorista y su débil armazón dialéctica, cualquier sistema de protesta resulta tibio y morigerado, y sin duda la mística ácrata, esa «oscura crónica de prisiones, deportaciones y muertes», donde hizo presa particular y terrible el suicidio (Páver Goldman, Antón Nizhobórski, Kólosov, Rosótóvsev, Ushakov, la Prisiashniuk, etcétera), dinamizó con su frenesí libertario la toma de conciencia en la lucha contra la injusticia.

Durante la época de Stalin, el anarquismo ruso agonizó en las cárceles y en el exilio. Dice Avrich que sus últimas esperanzas e tuvieron depositadas en el dramático papel de los anarquistas en la guerra civil española, país, junto a Italia, donde los bakuninistas habían conseguido establecer fuertes organizaciones gracias al impulso revolucionario que caracteriza a los pueblos depauperados que verdaderamente no tienen nada que perder. «Pero la de-

rota de la izquierda en España fue la última campanada para el movimiento».

Anselmo Lorenzo, Ricardo Mella y Fermín Salvochea son las tres figuras más destacadas del anarquismo español, del verdadero y genuino anarquismo español que al decir de Vladimiro Muñoz, antólogo bien documentado, no es «terrorista», «anarcolectivista», «comunista libertario» ni «anarcosindicalista», sino anarquista sin adjetivos, cultural y esencialmente ético, lo cual, dicho sea de paso y desde nuestro punto de vista, resulta un tanto ambiguo: las anteriores propuestas agotan la línea teórica y hasta práctica del credo anarquista y no se comprende bien qué podría ser un anarquismo «cultural» y «ético» si al mismo tiempo no se relaciona con algunas de las fórmulas antes citadas.

La *Antología ácrata española* contiene textos breves de Rafael Altamira (la impugnación de Darwin por Kropotkin), Ramón de la Sagra, Fernando Tarrida del Marmol (que desarrolla la idea del «anarquismo sin adjetivo» en una admonitoria carta dirigida en 1890 al semanario libertario francés *La Révolte*, comunicación que perfila el estilo organizativo y los métodos de penetración del anarquismo en la sociedad española e ilustra un poco sobre el sentido del anarquismo «sin adjetivo», que viene a ser algo así como un propósito de lucha contra la desunión de los diversos grupos y tendencias), Eleuterio Quintanilla (estudioso de Mella), Prat, Malatesta, Abad de Santillán, Falaschi y, naturalmente, textos de los propios Lorenzo y Mella, cuyas cronologías —principal aportación de Muñoz— comportan una muy sustanciosa historiografía del movimiento ácrata ibérico (2), que alcanzó su culminación en el Segundo Congreso de la Federación de Trabaja-

(2) De Anselmo Lorenzo se ha reeditado recientemente en España su obra principal: *El proletariado militante*. Ed. Zorro. Bilbao, 1974.

